

## CAPÍTULO 7

### Serias dificultades – Una travesía a Kunduz

**H**ABÍAMOS entrado en Khulm con la intención de emprender al día siguiente nuestro viaje a Balj, confiando implícitamente en la afirmación de nuestros amigos de que no teníamos nada que temer al hacerlo. Juzgue el lector, pues, nuestra sorpresa, cuando supimos que los oficiales de la aduana habían enviado un mensajero al jefe de Kunduz, para informarle de nuestra llegada y pedirle instrucciones sobre nuestro destino. Mientras tanto, esperamos la respuesta. Nuestro compañero, el *nazir*, estaba muy disgustado por la detención, pero ya era inútil reprocharle que nos hubiera traído a Khulm. Nos aseguró que se trataba de un inconveniente pasajero; asimismo, envió una carta al ministro de Kunduz, pidiéndole que no nos detuvieran, ya que sus negocios en Rusia no podían llevarse a cabo sin nosotros. El ministro era amigo de la familia del *nazir*, y puesto que nos habíamos metido en dificultades, las cosas parecían algo favorables para obtener un salvoconducto a través de ellos. Yo me lamenté de haberme dejado seducir por los consejos de un cualquiera, y aún en esta estación tan avanzada habría intentado escapar a Balj, si el *kafila bashi*, y todos los demás, no hubieran declarado la acción temeraria e impracticable.

En cierta ocasión, hacia medianoche, el *kafila bashi* accedió a nuestras propuestas de escapar a Balj durante la noche siguiente, e incluso pronunció el primer versículo del Corán como juramento y

bendición. Sin embargo, no comprendí que el plan debía mantenerse en secreto ante el *nazir*, a quien se lo revelé al día siguiente, con gran descontento y consternación para el *kafila bashi*, que recibió una parte merecida de su ira. «Esperad una respuesta de Kunduz, no dudaremos de su carácter favorable», nos dijo el *nazir*. Así fue, y a medianoche del 1 de junio recibimos una citación para dirigirnos a Kunduz con toda prontitud, mientras que el ministro, en respuesta a la carta de nuestro guía, le rogaba que no se permitiera ser detenido por nuestra causa, sino que prosiguiera su viaje a Bujará. Nuestra sorpresa puede ser mejor imaginada que descrita. Ya era demasiado tarde para escapar, pues estábamos vigilados en el caravasar y los oficiales ni siquiera permitieron que mi caballo entrara en la ciudad y fuera herrado. Hubiéramos podido hacerlo a nuestra llegada, pero entonces se consideró imprudente, y sólo nos quedaba, por lo tanto, hacer frente a las dificultades de nuestra situación de una manera rápida y adecuada. Urgí una partida inmediata a Kunduz, dejando al doctor Gerard y a todo el grupo, excepto dos afganos, en Khulm. Estaba decidido a hacerme pasar por armenio y creía que la prontitud me ayudaría a disipar las sospechas.

Tenía cartas del sacerdote de Peshawar, que me ayudarían, según creía, a usar esta nueva identidad, puesto que allí nos llamaban armenios, pero mis compañeros de viaje me aseguraron que la sola posesión de tales documentos probaría nuestra verdadera condición, y los destruí todos, así como las cartas del jefe de Kabul, que eran igualmente objetables. Me despojé, en efecto, de toda mi correspondencia persa, y rompí entre el resto muchas de las epístolas de Ranjit Singh, que eran ahora, a mis ojos, menos aceptables de lo que pensaba que llegarían a ser. Durante estos preparativos, descubrí que el *nazir* no tenía ningún deseo de viajar a Kunduz, y parecía dispuesto a quedarse atrás, casi frenético de desesperación, mas la vergüenza es una gran promotora del esfuerzo, y le rogué que me acompañara, a lo que accedió.

Para comprender mejor la crítica situación en que nos encontrábamos, haré una breve reseña de los desastres que el señor Moorcroft sufrió en esta parte del país, en el año 1824, de manos del mismo personaje que ahora nos convocaba a Kunduz. Al cruzar las montañas, el viajero británico fue a esperar al jefe y, después de hacerle algunos regalos adecuados a su rango, regresó a Khulm. Apenas llegó allí, recibió un mensaje del jefe, diciendo que algunos de sus soldados habían sido heridos y, solicitando que apresurase su regreso, y trajese consigo sus instrumentos médicos, y al señor Guthrie, un indo-británico, que había acompañado al señor Moorcroft, como cirujano. Las propias habilidades del señor Moorcroft en esa capacidad también eran conocidas, pues ya había dado pruebas de su gran destreza a este pueblo. Partió hacia Kunduz sin sospechar nada, pero a su llegada se encontró con que sus servicios quirúrgicos no eran requeridos, y que se trataba simplemente de una treta para tenderle una trampa. El jefe le ordenó que trajese a Kunduz a todo su grupo con su equipaje, y así lo hizo.

Tras un mes detenido, sólo consiguió liberarse cumpliendo las exigencias más extravagantes de Murad Beg. Por uno u otro medio, se apoderó de dinero en efectivo por valor de 23.000 rupias, antes de que al señor Moorcroft se le permitiera partir. Sin embargo, el asunto no terminó aquí, pues la codicia del jefe se había despertado. También se dice que tenía cierto temor de los designios de Moorcroft, por las armas y dos pequeñas piezas de artillería que llevaba consigo con fines de protección. El grupo se dispuso a abandonar Khulm para dirigirse a Bujará, pero la víspera de la partida fueron rodeados por cuatrocientos jinetes y convocados de nuevo a Kunduz. En ese momento, se hizo evidente que el jefe estaba decidido a apoderarse de todas las pertenencias y dar muerte al grupo. El señor Moorcroft tomó la única medida que podría haber salvado a su grupo y a sí mismo. Disfrazado de nativo, huyó de noche y, tras un viaje sorprendente, llegó a Talokán, una ciudad al este de Kunduz, donde vivía un hombre santo que, según se decía, tenía mucha influencia sobre la conciencia de Mu-

rad Beg. Se arrojó a los pies de este santo, agarró el borde de su manto y le suplicó su protección. «Levántate», le dijo, «se te concederá; no temas nada». Este buen hombre envió inmediatamente un mensajero a Kunduz, para convocar al jefe, que se presentó en persona con la respuesta. Murad Beg obedeció, y el santo varón declinó recibir la menor recompensa por sus servicios.

Tras la huida del señor Moorcroft, los uzbekos hicieron marchar a Kunduz a su compañero de viaje, el señor George Trebeck, con todo el grupo y sus pertenencias. Su ansiedad no se disipó hasta su llegada a ese lugar, cuando se enteraron del éxito de Moorcroft, de su seguridad y de la suya propia. Después de estos desastres, Moorcroft prosiguió su viaje a Bujará, pero desgraciadamente murió a su retorno, al año siguiente, en Andhvoy, a unos ciento treinta kilómetros de Balj. Su compañero de viaje, el señor Trebeck, no pudo ir más allá de Mazar, en las cercanías de esa ciudad, ya que el jefe de Kunduz estaba decidido a interceptar al grupo a su regreso, y el único camino seguro a Kabul pasaba por Khulm, donde ya habían encontrado tantas dificultades. Permaneció en Balj durante cuatro o cinco meses y murió de fiebre, que había padecido durante todo ese tiempo. El señor Guthrie había quedado previamente aislado por la misma enfermedad de la que también fueron víctimas la mayoría de sus compañeros. Así terminó la desafortunada expedición a Tartaria.

La tarde del 2 de junio emprendí el viaje a Kunduz, que se encuentra más arriba en el valle del Oxus, habiendo convencido previamente al oficial de aduanas, que era hindú, para que me acompañara. No salí de Khulm en circunstancias muy alentadoras, pues acababa de descubrir que un hindú de Peshawar había informado amablemente a las autoridades de muchos de nuestros actos, circunstancias y estado, desde que salimos del Indostán; añadiendo, por cierto, numerosas exageraciones a la narración, en la que se nos presentaba como individuos ricos, cuyos billetes habían afectado incluso al mercado monetario.

Al salir de la ciudad, vimos que nuestra caravana estaba formada por ocho o diez comerciantes de té de Badajshán y Yarkanda, que habían vendido sus propiedades y regresaban a su país. En nuestro grupo íbamos el *nazir*, el *kafila bashi* y yo, con el hindú Chamandas, que venía solo. Descubrí que esta última persona tenía un conocimiento bastante correcto de nuestros asuntos, pero no ayudé a hilvanar el hilo de su discurso, y me denominé audazmente armenio del Indostán. La identidad de inglés, que nos había ayudado a viajar con seguridad en otros lugares, suponía aquí un peligro enorme, pues no sólo transmitía nociones de gran riqueza, sino la creencia de que ésta podía generarse a partir de metales inferiores.

Sin embargo, yo había descubierto que el hindú era un buen hombre, pues su facilidad para registrar nuestro equipaje en el caravasar, después de nuestra primera llegada, me causó una impresión favorable, y él mismo declaró al *nazir* que no era culpa suya que nos arrastraran a Kunduz, ya que no era más que un oficial de aduanas, y estaba obligado a informar de nuestra llegada. Para mí era evidente que se podía influenciar a esta persona mediante la persuasión y el oro, y tras observarlo un tiempo entre nosotros, deduje que el dinero podía ser su dios. Pronto entablamos conversación, y descubrí que era natural de Multán y que había residido largo tiempo en estos países. Le hablé mucho de la India, de sus gentes y costumbres; le dije que había visto su ciudad natal, y empleé toda la elocuencia de que era capaz para alabar a sus gentes y todo lo relacionado con ella.

Habría sido difícil descubrir, por los variados temas de nuestra conversación, que se trataba de un momento de angustioso suspense. Repasé los dioses del catálogo hindú hasta donde recordaba, y produje casi una fiebre de deleite en mi socio, que hacía tiempo que había dejado de nombrar a sus deidades en términos que no fueran de profundo reproche. Había llegado el momento de poner en práctica mi estrategia de persuasión, y como hablábamos en el idioma de la India, nuestra conversación se desa-

rolló en un dialecto extraño para la mayoría de los presentes, y que ellos ignoraban. Expliqué al hindú, en términos sencillos, nuestra condición desamparada y desesperada, cuando estábamos en poder de una persona como el jefe de Kunduz, y le pregunté si nuestro equipaje no atestiguaba nuestra pobreza. Entonces le hice ver que, como yo pertenecía a la India, algún día podría servirle en aquel país, y finalmente me ofrecí a darle una recompensa en dinero, y le imploré por todo su panteón a que nos ayudara en nuestras dificultades.

A unos veinte kilómetros de Khulm, nos detuvimos en una aldea llamada Angarak,\* para dar de comer a nuestros caballos, y entonces se me ocurrió que se presentaba una oportunidad verdaderamente favorable para escapar. No había guardia ni escolta que nos asistiera, y el honesto hindú estaba lejos de Khulm, y sin medios de sonar la alarma, mientras que la velocidad más moderada nos llevaría más allá de la frontera de Murad Beg, e incluso a la ciudad de Balj antes de la mañana. Sin embargo, era evidente que este plan, aunque factible, no podía ponerse en práctica, ya que el doctor Gerard se quedaría en Khulm y su seguridad correría más peligro que nunca, y sólo ahora podía lamentarse que la ocasión no se hubiera presentado antes. El tono del hindú, sin embargo, me había reconciliado en gran medida con mi situación, y de nuevo continuamos nuestro viaje de medianoche y reanudamos nuestra conversación. Antes de que saliera el sol, estaba convencido de que si los motivos más honorables no habían abierto el corazón de este hombre, los metales más bajos sí lo harían, y entonces casi creí que triunfaríamos sobre nuestras desgracias. Un nuevo dilema, sin embargo, nos acechaba ahora.

Viajamos hasta una hora antes del amanecer por un lúgubre camino, a través de dos pasos bajos, entre colinas, sin un solo árbol y ni una gota de agua fresca en setenta kilómetros a la redonda. En este lúgubre erial, nos llamó la atención unos fósforos encendidos

\* Actual Yangi Arigh. (N. del T.)

que parecían cruzarse en nuestro camino, y que no pudimos sino concluir que eran ladrones, ya que este país está infestado de bandidos. Uno de los mercaderes de té se afanó en arrancar trapos, frotarlos con pólvora y encenderlos, literalmente, como demostración de nuestra fuerza; y, a juzgar por el número de luces que aparecieron del grupo opuesto, ellos debieron hacer lo mismo, lo que hubiera sido bastante divertido si no los hubiéramos interpretado como verdaderas cerillas. No teníamos más que un arma de fuego y cinco o seis espadas, y no habríamos podido oponer más que una resistencia lamentable, pero la gallardía puede demostrarse tanto con una banda pequeña como con una grande, y el comerciante de té, que parecía acostumbrado a tales escenas, nos pidió que desmontásemos y nos preparásemos para el ataque.

No ocultaré al lector mis sentimientos en ese momento, que eran de enfado e irritabilidad, ante tantos desastres sucesivos. Al fin, nos acercamos a una distancia razonable, y un joven de nuestro grupo profirió un grito en persa, pero fue silenciado al instante por un anciano que habló en turco. El persa, por ser la lengua del comercio, delataría de inmediato nuestra identidad, y era conveniente que al menos pareciéramos soldados. El otro grupo no respondió, sino que se desvió hacia Khulm, y nosotros tomamos el camino de Kunduz, supongo que contentos de habernos librado el uno del otro. Al llegar a la ciudad, descubrimos que nos habíamos enfrentado a viajeros pacíficos, que debían de estar tan contentos como nosotros de haber escapado.

Hacia las once de la mañana llegamos a los primeros cultivos y nos detuvimos en un huerto de albaricoques, a unos veinte kilómetros de Kunduz, para descansar unas horas después del viaje nocturno. Me encontré cerca de un seto de madreselvas, un arbusto que me encantó y que nunca había visto en el este. Llegamos a Kunduz al anochecer, después de viajar más de ciento diez kilómetros.

A nuestra llegada nos recibieron en casa de Atmaram, el ministro, o también conocido como el Dewan Begi, de Murad Beg, y nos

sentamos delante de su puerta hasta que salió. Recordaré durante mucho tiempo la mirada silenciosa que se cruzó entre él y el *nazir*. El recibimiento nos dio buen augurio, pues el ministro nos condujo a su casa de huéspedes, donde trajeron buenas camas para nuestro uso, pero no dijo nada sobre el tema que más nos interesaba, y nos dejaron cavilando sobre nuestros propios asuntos.

Yo debía encarnar ahora la identidad de un viajero sin dinero, y como me correspondía actuar como tal, me mostré recatado, tomé asiento en un rincón, me comporté con los criados y traté al *nazir*, mi amo, con gran respeto; y demostré, en cada ocasión, tanta humildad como me fue posible. Era prudente, sin embargo, que cuando nos preguntaran, todos contáramos la misma historia, y en una hora tranquila, antes de ir a dormir, expliqué quien era con el siguiente relato. Me hice pasar por un armenio de Lucknow, Sikan-der Alaverdi, relojero de profesión, que, al llegar a Kabul, había obtenido información de Bujará acerca de mis parientes en aquel país, lo que me indujo a emprender viaje hacia allí, y que tanto más me convenció a hacerlo debido a la protección que recibiría del *nazir*, de cuyo hermano en Kabul era, en cierto modo, sirviente.

Descartamos el argumento de que yo acompañaba al *nazir* a Rusia, ya que podría haber dado lugar a investigaciones desagradables. Entonces declaré que el doctor Gerard era pariente mío y que lo habían dejado enfermo en Khulm, y así produje, en un breve espacio de tiempo, todas las evasivas que mi ingenio podía inventar. Todos estuvimos de acuerdo en que lo más aconsejable era tomar el nombre de un armenio y descartar por completo los europeos, pero el *kafila bashi* quiso saber hasta qué punto era apropiado mentir indiscriminadamente, lo que había provocado su risa. Le respondí con las palabras del poeta Saadi:

*Darogh i maslahat amez  
Bih az rasti ba fitna angez*

«Una falsedad que preserva la paz es mejor que una verdad que suscita problemas».

Asintió con la cabeza en señal de aprobación por la sabiduría del moralista persa, y después me pareció el más dispuesto del grupo a ampliar mi pretendida narración y mis circunstancias. Se acordó que primero contáramos la consistente historia al hindú de la aduana, y que luego la adoptáramos en general, y el *nazir* prometió que al día siguiente se la contaría al ministro.

El 4 de junio transcurrió sin que se resolvieran nuestros asuntos, y el *nazir* dio muestras de una imbecilidad y debilidad intelectual que no se podía tolerar. En un momento estaba lloriqueando ante los visitantes, medio llorando, sobre nuestros desastres; y al siguiente estaba sentado, erguido, con todo el orgullo y la autosuficiencia de un hombre importante. Por la tarde se retiró a un jardín, y regresó con un séquito de seguidores, como si hubiera sido un grande en vez de un prisionero. Ni siquiera había visitado al ministro durante el día, y nuestros asuntos no habían avanzado nada desde esa mañana.

Tan pronto como oscureció, aproveché la oportunidad para señalar a mi amigo la gran impropiedad de su conducta, por lo que fui objetivo de buena parte de su indignación. Le dije que su dolor y su orgullo eran igualmente inoportunos e impolíticos; que cada hora que pasaba aumentaba el peligro de nuestra situación, y que, si actuaba correctamente, buscaría inmediatamente una entrevista con el ministro, y que trataría de convencerlo o de engañarlo. «Estáis en casa de un hindú», añadí, «y podéis conseguir cualquier cosa arrojándoos sobre él y sentándoos en *dhurna*, es decir, sin comer, hasta que vuestra petición sea atendida». «Vuestra conducta», proseguí, «es ahora la contraria, pues parece que preferís desfilar por sus jardines y devorar las sabrosas viandas que nos envía». La seriedad con que hice valer estos puntos de vista produjo un buen efecto, y el *nazir* envió un mensajero al ministro para decirle que, si fuera amigo de su familia, no le retendría de esa manera, pues no había venido como un perro a comerse su pan, sino como un conocido a solicitar un favor. Me alegré de la decisión que estaba tomando, y le grité con alegría desde mi rincón del apartamento,

pero el *nazir* me pidió que me comportara con mayor discreción y permaneciera más tranquilo. Yo merecía la reprimenda, y por eso me alegré cuando la situación entre nosotros llegó a un acuerdo. En el momento en que el ministro recibió el mensaje, llamó al *nazir*, y se produjo una larga conversación sobre nuestros asuntos, que, por lo que pude deducir, le habían dejado perplejo en cuanto a su realidad. Ahora parecía, sin embargo, que íbamos a contar con sus buenos oficios, pues se acordó que partiríamos a primera hora de la mañana siguiente hacia la residencia campestre del jefe, donde veríamos a aquel personaje. El *nazir*, como era hombre de importancia, recibió instrucciones de no presentarse con las manos vacías, y el ministro, con gran amabilidad, le devolvió un chal que le había sido regalado a su llegada, y le pidió que se lo diera, junto con otro, al jefe de Kunduz.

Durante el día vi a buena parte de la gente, pues había muchos visitantes, y aunque la mayoría cortejaba al gran hombre, unos pocos encontraron su camino hacia mí en la esquina. Nada se hace en este país sin té, que se reparte a todas horas y da un carácter social muy agradable a la conversación. Los uzbekos beben el té con sal en lugar de azúcar, y a veces lo mezclan con grasa; lo cual llaman *kaimak chai*. Después de que cada persona haya tomado una o dos tazas grandes, se reparte una más pequeña, preparada de la manera habitual, sin leche. Las hojas de la olla se reparten entre todos y se mastican como tabaco. Muchos de los forasteros mostraban interés por los asuntos de Kabul; algunos hablaban de Ranjit Singh y unos pocos de los ingleses en la India. La mayoría eran mercaderes que comerciaban entre ésta y China. Hablaban mucho de sus relaciones con aquella singular nación y alababan la equidad y la justicia que caracterizaban sus transacciones comerciales. Estos mercaderes eran tayikos, y nativos de Badajshán, territorio del que ahora estábamos muy cerca. Me contaron diversos detalles acerca de los supuestos descendientes de Alejandro Magno, de los que se decía que aún existían en esta vecindad y en el valle del Oxus, así como en los países cercanos a la cabecera del Indo. El tema había

ocupado gran parte de mi atención, y un comerciante de té de nuestra pequeña caravana me había entretenido con su historia del linaje recibido de estos macedonios, durante el camino desde Khulm. Era sacerdote y creía que Alejandro Magno había sido un profeta, lo que, a sus ojos, explicaba satisfactoriamente la descendencia ininterrumpida de griegos, ya que ningún ser humano podía dañar a una raza tan sagrada.

El día 5, por la mañana temprano, emprendimos el viaje para encontrarnos con Murad Beg. Lo encontramos en la aldea de Khanabad, a unos veinticinco kilómetros de distancia, y situada en la cima de las colinas sobre los pantanos de Kunduz, animada por un riachuelo que corre enérgicamente al lado de un fuerte, sombreado por árboles del más rico verdor. Cruzamos el riachuelo por un puente y nos encontramos ante la puerta de una pequeña vivienda, pulcramente fortificada, en la que el jefe celebraba con su corte. Había en ella unos quinientos caballos ensillados, y los jinetes iban y venían en gran número. Todos iban calzados con botas, y llevaban largos cuchillos, ajustados en la cintura a modo de espadas, algunas de las cuales estaban ricamente montadas con oro. Nos sentamos bajo la muralla y tuvimos tiempo de contemplar la escena y admirar el aire marcial y la pompa de aquellos belicosos uzbekos. Ninguno de los jefes tenía más de un asistente, y todo estaba dispuesto con gran sencillez. Un hindú que obedecía al ministro entró para anunciar nuestra llegada y, mientras tanto, yo ensayaba mi patraña y me calzaba un par de botas, tanto por protocolo como para ocultar mis tobillos provocadoramente blancos. Hacía tiempo que mi rostro había adquirido un tono asiático, y no temía que me descubrieran. El oficial de aduanas estaba allí, y yo me había cuidado de instruirlo previamente en todos los detalles antes relatados. Después de una hora de retraso, nos llamaron y entramos por la primera puerta del complejo. Encontramos aquí una zona en la que estaban los ayudantes y los caballos del jefe. Seis u ocho *yessawals*, o porteros, anunciaron entonces nuestra aproximación, y entramos en el edificio interior. El *nazir* encabezó

el grupo, se acercó al jefe, le besó la mano y le entregó sus chales. El hindú de la aduana le siguió con dos panes de azúcar blanca rusa, que entregó como ofrenda; y yo, en mi humilde calidad, me coloqué en la retaguardia y avancé para hacer mi reverencia, pronunciando un fuerte *salam alaykum*, y colocando mis manos entre las del jefe, las besé según la costumbre y exclamé ¡*taksir!*, el modo habitual de expresar inferioridad. El uzbeko emitió un gruñido de aprobación y, rodando sobre un costado, dijo: «Ya veo, entiende el *salam*». El *yessawal* hizo entonces una señal para mi retirada, y me quedé en el portal con las manos cruzadas entre los sirvientes.

Murad Beg estaba sentado sobre una piel de tigre, con las piernas extendidas y cubiertas con enormes botas, despreciando todas las reglas orientales de decoro. Estaba sentado en la puerta, pues, contrariamente a la costumbre de todas las cortes asiáticas, es ahí donde los líderes uzbekos ocupan su puesto, y sus visitantes son conducidos al interior del apartamento. Murad Beg era un hombre de elevada estatura, con rasgos de tártaro bien marcados; sus ojos eran pequeños hasta la deformidad, su frente ancha y ceñuda, y carecía de la barba que adorna un semblante masculino en la mayoría de las naciones orientales.

Procedió a conversar con el *nazir*, y le hizo varias preguntas sobre Kabul, y luego sobre sus propios asuntos, durante las cuales habló de nuestra pobreza y situación. Entonces llegó el hindú de la aduana con mi historia. Dijo: «Vuestro esclavo ha examinado el equipaje de los dos armenios y ha comprobado que son pobres viajeros. Está en boca de todos que son europeos, y me habría puesto bajo vuestro desagrado si los hubiera dejado partir; he traído, pues, a uno de ellos para conocer vuestras órdenes». El momento era crítico, y el jefe me miró y preguntó en turco: «¿Estás seguro de que es armenio?». Entonces una segunda explicación le convenció, y ordenó que nos condujeran más allá de la frontera. Me quedé a su lado y vi a su secretario preparar y sellar el documento. ¡Podría haberle abrazado cuando lo dio por terminado!

Ahora era necesario retirarse con cautela y manifestar lo menos posible la alegría que sentíamos. El jefe no me había considerado siquiera digno de una pregunta, y mi atuendo, roto y raído, no podía darle ninguna pista sobre mi verdadera identidad. Sus asistentes y jefes, sin embargo, me hicieron muchas preguntas; su hijo, un joven con el poco prometedor nombre de Atalik, me mandó llamar para conocer los principios de los armenios: si rezaban, si creían en Mahoma y si comían con los «fieles». Respondí que éramos «gente del libro» y que teníamos nuestros profetas; pero a la pregunta de si creíamos en Mahoma, dije que el Nuevo Testamento se había escrito antes de que ese notable profeta —que en paz descansa— apareciera en la tierra. El muchacho se volvió hacia los hindúes que estaban presentes y dijo: «¿Por qué este pobre hombre es mejor que vosotros?». Entonces narré mi historia al príncipe con más confianza, y besé la mano del joven jefe por el honor que me había conferido al escucharla.

Pronto salimos de la fortificación y cruzamos el puente, pero el calor del sol era agobiante y nos detuvimos en un jardín para descansar unas horas. Los hindúes nos ofrecieron un refrigerio y, aún representando el papel de un hombre pobre, hice que me enviaran una porción del pilaf del *nazir* y comí abundantemente a solas. Por la tarde regresamos a Kunduz, y el buen hindú de la aduana me dijo por el camino que los uzbekos eran mala gente y no merecían conocer la verdad. «Seas quien seas, ahora estás a salvo».

Me alegré sinceramente del éxito del viaje, pues si el jefe hubiera sospechado por un momento nuestra verdadera identidad, nos habrían privado de todo nuestro dinero, nos habrían sometido a grandes vejaciones y, tal vez, nos habrían confinado durante meses en el clima malsano de Kunduz. En todo caso, habríamos abandonado toda esperanza de proseguir nuestro viaje, y nuestra supuesta pobreza pronto nos habría servido de poco, pues no faltaban personas que adivinarían nuestros propósitos. Todo el asunto muestra una simplicidad en los uzbekos que es difícil de creer, pero no hay pueblo más simple. El veterano *kafila bashi*, que

me acompañaba, fue tomado por mi compañero de viaje, y el doctor Gerard, por un musulmán serio, de barba gris y recatado. Toda la corte de Murad Beg ignoraba lo que muchos de la comunidad hindú sabían tan bien como nosotros: que éramos europeos.

En Kunduz, nos apeamos en nuestros antiguos aposentos, en casa del ministro. La ciudad está situada en un valle rodeado de colinas, excepto al norte, donde el Oxus fluye a una distancia de unos sesenta y cinco kilómetros. Está regada por dos ríos, que se unen al norte de la ciudad. El clima es tan insalubre que hay un proverbio entre la gente que dice: «Si quieres morir, ve a Kunduz». La mayor parte del valle es tan pantanoso que los caminos se construyen sobre montones de madera y atraviesan la maleza más espesa; sin embargo, en los lugares que no están completamente inundados se cultiva trigo y cebada, así como arroz. El calor es intolerable, pero nieva durante tres meses al año. Kunduz fue en un tiempo lejano una gran ciudad, pero su población no supera ahora las mil quinientas almas, y en ella no reside ninguna persona que pudiera vivir en otro lugar, aunque sigue siendo el mercado de la vecindad. Murad Beg nunca la visita, salvo en invierno. Tiene un castillo, rodeado por un foso, que viene a ser una fortaleza: los muros están contruidos con ladrillos secados al sol, y es tal el calor, que se desmoronan bajo los rayos del sol, y requieren constantes reparaciones. Las grandes montañas del Hindú Kush están a la vista, al sur de Kunduz, cubiertas de nieve: las colinas vecinas son crestas bajas y rastreras, cubiertas de hierba y flores, pero desprovistas de árboles o matorrales. Un poco más arriba, en el valle, el clima se vuelve mucho más agradable y la gente habla con entusiasmo de los bosques, riachuelos, los frutos y las flores de Badajshán. El gobernante de Kunduz, Mohamed Murad Beg, es un uzbeko de la tribu kazgán, que acaba de ascender al poder. Se ha dedicado a invadir en todas direcciones, y posee todo el valle del Oxus, y muy recientemente tenía la soberanía sobre Balj. Todavía acuña su moneda con el apelativo general de esa capital, la «madre de las ciudades». Es totalmente independiente y ahora gobierna to-

dos los territorios situados inmediatamente al norte del Hindú Kush.

No podíamos abandonar Kunduz sin la autorización formal del ministro, y esperamos a que nos diera su beneplácito hasta las tres de la tarde. Entonces envió un *khalat*, o vestido de honor, al *nazir*, y una túnica, junto con otras prendas de vestir, a mí y al *kafila bashi*, pues, al parecer, no podíamos abandonar la casa de huéspedes de tan notable persona sin alguna señal de su favor. Sin embargo, descubrí que el *nazir*, ahora que se había recuperado del susto, estaba resuelto a sacar el máximo provecho de la generosidad del ministro, y había puesto en marcha una negociación, empleando a uno de sus criados, para conseguir un regalo lo más valioso posible. A mí me horrorizaba semejante conducta, ya que podía meternos de nuevo en un lío, pero el malvado individuo logró su propósito, y todos nos vestimos con trajes de honor, como ya he dicho. A él, de hecho, le obsequiaron además con un caballo. Es necesario mencionar que el ministro pensaba viajar a Kabul, donde esperaba obtener algunos favores de la familia del *nazir*. Yo, que no era más que un espectador de los acontecimientos, disfruté con el despliegue de carácter de ambos.

Nos vestimos con nuestras nuevas ropas y ensillamos a las tres de la tarde, y no nos detuvimos hasta llegar a Khulm a la mañana siguiente —una distancia de más de cien kilómetros—, agotados por la fatiga, después de haber estado veinte horas sentados sobre un caballo.

Es singular que yo montase el mismo animal que me había regalado el hermano del jefe de Peshawar, y que, como se recordará, él me había obligado a montar, puesto que podría haberme ayudado en mis dificultades con los uzbekos; un caballo de la misma raza había servido anteriormente al señor Moorcroft cuando escapó a Talokán. ¡Qué singular coincidencia! ¡Cuánto más singular el regalo! Con gran satisfacción me encontré de nuevo con el doctor Gerard y nuestro grupo, y fui testigo de la felicidad de todos. Pude detallarles mis aventuras en Kunduz, pero no pude recuperarme

de la fatiga que había padecido después de haberme ido a dormir. He comprobado que, al cabo de un tiempo, el cuerpo es insensible al sueño, que sólo se vuelve a refrescar y rejuvenecer después de que éste haya sido lavado a fondo y descansado, y el estómago refrescado con té, la bebida más reconfortante para el viajero agotado. Entre los uzbekos, a menudo era nuestra única subsistencia.

Khulm es un lugar mucho más agradable que Kunduz, y tiene muchos jardines hermosos, y fruta apetitosa. Sus albaricoques, cerezas y moras estaban ya maduros, pero no era prudente correr más riesgos, pues no queríamos seguir el ejemplo del pobre Moorcroft, y nos preparamos para partir a la mañana siguiente. Mostramos la orden de Murad Beg al *valí*, o gobernador, y él designó la escolta prescrita para que nos acompañara. Durante la noche, transferí una parte de mi oro al hindú de la aduana, por sus eminentes servicios; y, para evitar ser descubierto, lo pagué a través de las manos del *nazir*: pero podrá el lector imaginarse mi asombro, cuando descubrí por la mañana que, de veinte piezas de oro, él se había embolsado quince, y había dejado al hindú con cinco. No hubo tiempo para explicaciones y, después de cerciorarme de la veracidad del hecho, pagué por segunda vez y abandoné Khulm en compañía de nuestro avaro amigo, el *nazir*. Este *honrado* personaje nos ordenó hacer un alto en el camino, para darle ocasión de leer un capítulo del Corán, con el que siempre viajaba; lo colgaba en una bolsa del pomo de su silla de montar, y lo sacaba a las horas indicadas. El doctor Gerard y yo precedimos a nuestra gente, que nos seguía con una caravana, y llegamos a Mazar en la tarde del día 8, a una distancia de cincuenta kilómetros más allá de Khulm.

El terreno entre estos lugares es árido y lóbrego, y el camino conduce a través de un paso bajo, llamado Abdu, que es el recurso de todos los ladrones de la región, ya que todos los jefes vecinos saquean en él. Nuestra escolta de uzbekos inspeccionó el paso, desde el que se divisa Mazar, a unos veinticinco kilómetros, y lue-

go nos dejó solos. Estos hombres hablaban del botín que ellos mismos habían capturado unos días antes, y no puedo decir que lamentara su marcha. Las ruinas de acueductos y casas demuestran que esta comarca estuvo poblada en otro tiempo, pero ahora carece de agua y, por consiguiente, de habitantes. En nuestra ruta vimos un magnífico espejismo a nuestra derecha, una serpenteante línea de vapor, tan grande como el mismo Oxus, y que tenía toda la apariencia de ser ese río. Se burlaba de nuestras lenguas reseca, pues habíamos gastado el contenido de las botellas de cuero que siempre llevábamos mucho antes de llegar a la aldea.

Mazar tiene unas quinientas casas y está dentro de los límites del canal de Balj. Tiene capacidad para unos mil caballos y es independiente de esta ciudad y de Khulm. Pertenece a un sacerdote, o *mutawali*, que supervisa el culto en un lugar sagrado de una gran santidad, que aquí está dedicado a Alí. *Mazar* significa tumba, y la de este lugar consta de dos elevadas cúpulas, construidas por el sultán Ali Mirza de Herat, hace unos trescientos cincuenta años. Visité el santuario, lo recorrí como peregrino y como tal hice mi parte. Si bien no podía creer las leyendas de este pretendido santuario y unirme a las devociones de la gente, al menos podía dar las gracias a mi manera por nuestra tardía huida. La concurrencia a las oraciones vespertinas era numerosa, y los sacerdotes, sentados en la puerta del santuario, repartían la recaudación del día, moneda por moneda, entre ciertas familias, que tienen derecho a ella de manera hereditaria. Un sacerdote se acercó y me preguntó por qué no rezaba con los demás. Le dije que no era mahometano, pero no se opusieron a que entrara en el santuario, aunque no debí arriesgarme a un juicio. No había ningún objeto curioso que ver que se diferenciara de otros edificios mahometanos similares. Por la noche, se ilumina con luces de candelabros de latón.

Mazar es el lugar donde murió el señor Trebeck, el último superviviente del malaventurado grupo de Moorcroft. Uno de nuestros compañeros, un *haji*, le asistió en su lecho de muerte, y nos condujo al lugar donde está enterrado, que es un pequeño ce-

menterio, al oeste de la ciudad, bajo una morera que ahora estaba dando sus frutos. Este joven ha dejado una impresión muy favorable de sus buenas cualidades en todo el territorio por el que pasamos, y no pude por menos de compadecerme de su melancólico destino. Después de enterrar a sus dos compañeros de viaje europeos, pereció, a una edad temprana, después de cuatro meses de sufrimiento, en un país lejano, sin un amigo, sin ayuda y sin consuelo. Todos sus bienes fueron malversados por un sacerdote que acompañaba al grupo, o confiscados por *los santos hombres* de este templo, que aún los conservan: consistían en algunos caballos valiosos, equipo de campamento, dinero y unos pocos libros impresos. Todos los manuscritos de Moorcroft han sido afortunadamente recuperados; y, en justicia a un hombre amable, que dedicó su vida a la pasión por los viajes y la investigación, deberían, mucho antes de esto, haber sido publicados. El dinero no cayó en manos de la gente de Mazar: se puede seguir su rastro, pero no puedo asegurar que sea posible encontrarlo.

En la mañana del 9 de junio, entramos en la antigua ciudad de Balj, que está en los dominios del rey de Bujará, y deambulamos entre sus extensas ruinas durante casi cinco kilómetros antes de llegar a un caravasar, en el rincón habitado de esta antaño orgullosa «madre de las ciudades» (*Umm-al-belad*). Por el camino nos esperaban dos policías turcomanos, que nos registraron en busca de nuestro dinero para cobrarnos impuestos. Les dije enseguida que teníamos veinte *tillas* de oro\* cada uno, y nos exigieron una de cada veinte, según su ley, ya que no éramos mahometanos. Accedimos y obtuvimos un recibo sellado; volvieron por la noche y exigieron otro tanto, pues nos declarábamos europeos y no estábamos sometidos a un gobernante mahometano. Descubrí que sus exigencias eran legítimas y pagué la suma, pues yo tenía una reserva de oro mayor que la que llevaba encima. La gente no nos molestó en absoluto, y nuestro equipaje y libros se sometieron li-

\* Una *tilla* equivale a trece chelines.

brememente a la mirada y el asombro de la policía. Por supuesto, si hubiéramos podido, los habríamos ocultado. Uno de los sentimientos más satisfactorios que experimentamos a nuestra llegada a Balj, fue el alivio certero de estar lejos de las manos de nuestro enemigo en Kunduz.

En este punto, debo comentar sobre las tretas de nuestro guía, el *nazir*; porque a estas alturas había adoptado una línea de conducta tan indigna, que decidimos no confiar más en él. Como ahora nos encontrábamos en los territorios de un rey, podíamos comunicarle nuestras opiniones, aunque tal vez hubiera sido más prudente guardárnoslas para nosotros. Si la experiencia había demostrado que el *nazir* era indigno de nuestra confianza, Hyat, el *kafila bashi*, se había ganado plenamente nuestra simpatía por su conducta sensata y fiel. Despreciaba la mezquindad del *nazir*, y manifestaba más desdén hacia él que nosotros mismos. Hyat era un hombre bien perspicaz, y me asombró un poco una conversación que mantuvimos al acercarnos a Balj, cuando discutíamos los motivos que nos habían llevado a emprender aquel viaje. Yo mencioné que Bujará se ubicaba en el camino hacia Europa, pero Hyat replicó que los *frangis* indagaban acerca de los asuntos de todos los países, y que la prematura muerte del señor Moorcroft había impedido que se tuviera un conocimiento correcto del Turquestán. Según él, probablemente habíamos sido enviados de manera discreta para obtener información, ya que gran parte de las desgracias de aquel viajero se debieron al modo en que había viajado. Sonreí ante la sagaz suposición de aquel hombre y lancé el irónico grito de *¡Barikila!* (¡Bravo!), y alabé su perspicacia: pero Hyat y yo nos habíamos hecho buenos amigos, y no sólo no teníamos nada que temer, sino mucho que esperar de sus amables oficios.